



## NOCIONES DE ARQUITECTURA

AL ALCANCE DE TODOS.

### SEGUNDA CONFERENCIA.

Voy á deciros algo, mis simpáticos lectores, del grado de civilizacion artística á que llegaron los antiguos

egipcios, de quien habréis oido decir que fué un pueblo con magníficos y grandes monumentos. Los más sor-

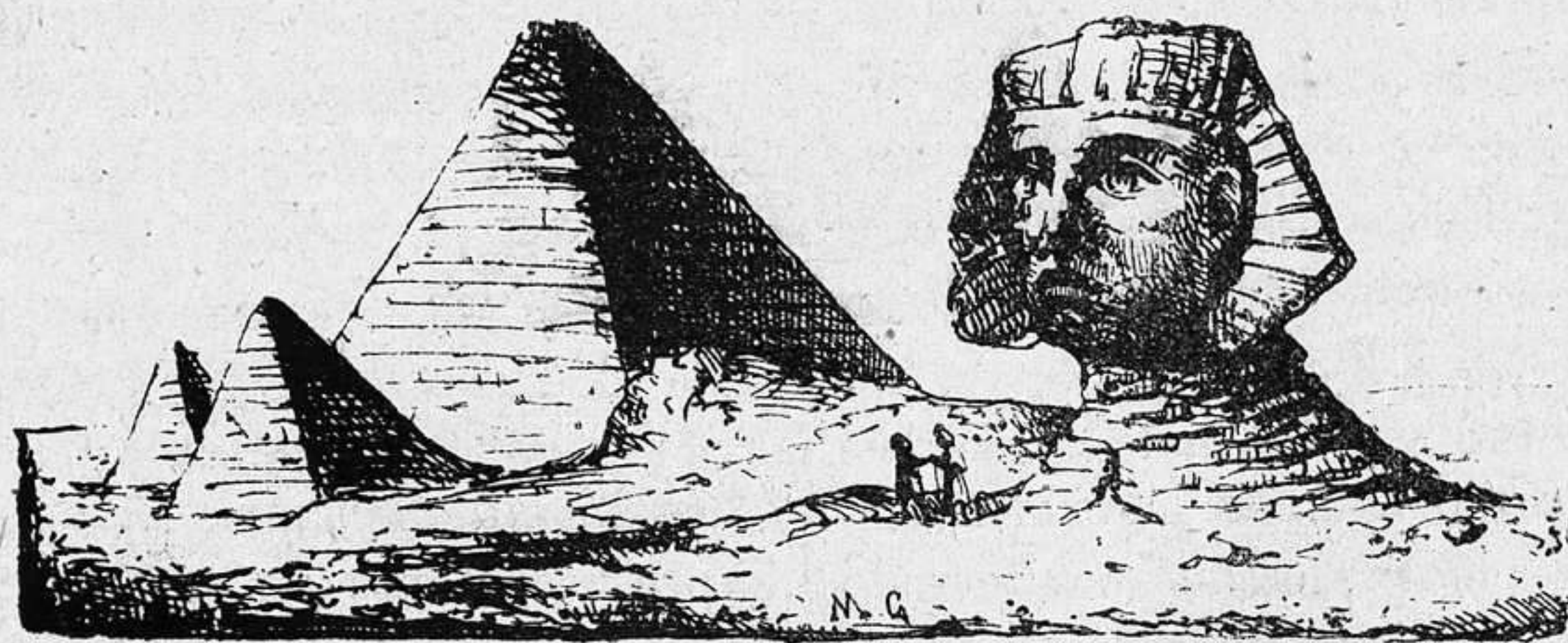


FIG. 11.—Las célebres pirámides de Egipto.

prendentes, y que han resistido siglos y siglos á la accion destructora del tiempo, han sido las famosas *pirámides de Egipto*, consideradas como una de las maravillas del genio hu-

mano, no sólo por su sencillez de formas, sino tambien por la enorme magnitud de ellas. La construccion de las pirámides se atribuye á la costumbre que tuvieron los egipcios

de hacer sus sepulturas en montañas distantes de las invasiones del Nilo. De este modo las pirámides de Menfis, imitación artificial de un monte, fueron los monumentos más gigantes de la antigüedad. Muchos sabios escritores de lejanas épocas, como Herodoto, Estrabon, Diodoro de Sicilia y Plinio, hablaron con admiración de las pirámides célebres de Ghizé (fig.<sup>a</sup> 11), situadas á la orilla izquierda del Nilo y sobre la planicie de Menfis, estando ésta elevada más de 100 piés sobre las más altas inundaciones del histórico rio Nilo. Cada ángulo de las pirámides está orientado con los cuatro puntos cardinales. Dentro hay unos estrechos pasillos y galerías que dan acceso á una cámara funeraria.

La gran pirámide tiene 137 metros de altura (más de siete casas de á cuatro pisos). El lado de la base cuadrada es 227 metros próximamente. Termina en su parte superior por una plataforma ó meseta de unos 10 metros por cada lado. La entrada á esta gran pirámide se encuentra en medio del muro ó cara, situada al Nordeste, y en la hilada 15 de piedras, que está á 45 piés sobre el nivel de la base. Se atribuye esta gran pirámide al rey Soufis I, segundo rey de la cuarta dinastía egipcia (5.121 años ántes de Jesucristo). De manera que tiene ya más de ¡6.000 de existencia esta célebre maravilla!

Al lado se ve la *gran esfinge*, que eran inmensas esculturas egipcias, con cabeza humana y cuerpo de leon.



FIG. 12.—*Pirámide de Mesde.*

Hoy día sólo aparece la enorme cabeza de piedra, estando enterrado el cuerpo por las arenas del desierto.

Otra clase de pirámides es la representada en la figura 12, que está en el reino de Meroe. La precede un pórtico con muros inclinados, llamados *pilones egipcios*, adornados con figuras alegóricas.

*Estatuas de Memnon.*—Los egipcios expresaron tanto en sus grandiosos monumentos, como en las colosales estatuas que labraron en el granito, la idea de la calma y el reposo eterno. Así en las llanuras de Tébas se erigieron estas dos imponentes esculturas (fig.<sup>a</sup> 13), que precedían al *pilon principal* del palacio de Ame-

nofis III, que las mandó levantar en honor de su padre. Tienen 60 piés de altura (una casa con cerca de tres pisos próximamente). A la que está

situada al Norte se la conoce con el nombre de *estatua parlante de Memnon*, porque en aquellos remotísimos tiempos en que recibió falsa adora-



FIG. 13.—*Los colosos del Egipto.*

cion este ídolo, creían que *hablaba y cantaba* al recibir los primeros rayos del sol. Ya comprenderéis, queridos lectores, que esto es fabuloso ó de pura imaginacion. En el próxi-

mo artículo veréis otros portentos del arte egipcio.

(*Se continuará.*)

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

## ANÉCDOTAS.

Habiendo llamado á su córte el rey de Persia á un famoso médico, éste, en cuanto llegó, preguntó la manera de vivir que tenían los habitantes de aquella capital.

—Aquí, le contestaron, no se come más que cuando se tiene gana, y esta necesidad se satisface siempre sin exceso y discretamente.

—En ese caso, contestó el sabio doctor, me parece que no haré aquí fortuna, y debo pensar en marcharme pronto.

\* \* \*

Un día, Aristipo, el filósofo cortesano, viendo á Diógenes, el filósofo independiente,

que lavaba en la fuente las legumbres con que se alimentaba, le dijo:

—Si fueras á hacer la córte á los poderosos, no te verias obligado á alimentarte de esa manera.

—Y si tú te alimentases de esta manera, le dijo Diógenes, no tendrias necesidad de hacer la córte á los poderosos.

\*\*\*

Sócrates habia invitado á comer á varias personas; pero su mujer, Xantipa, creia que era demasiado humilde el banquete que les podia ofrecer.

—Tranquilízate, le dijo Sócrates; si son personas bien educadas y discretas, hallarán que es bastante lo que les doy de comer con tan buena voluntad, y si no lo son, no merecen que nos afanemos en contentarlas.

\*\*\*

Cuéntase que Cárlos XII, el rey conquistador sueco, habiendo bebido un dia en un banquete mas de lo regular, al levantarse de la mesa, beodo como estaba, injurió á su misma abuela. El dia siguiente esta señora no asistió á la comida, contra su costumbre; habiendo preguntado el Rey el motivo, dijéronle lo que habia pasado, de lo cual ni remotamente se acordaba. Entónces fué á la cámara de su abuela, arrodillóse, le pidió perdon y le dijo que el dia anterior habia bebido vino por la última vez.

Desde aquel dia Cárlos XII no bebió más que agua, y siempre dió ejemplo de la mayor sobriedad.

\*\*\*

Cuando se trataba de condenar á un acusado, el emperador Juliano no pronunciaba su fallo sino despues de habersele presentado las pruebas más terminantes y patentes. Un ciudadano fué acusado de haber sustraído ciertos fondos. Con la mayor resolucion negaba el hecho, desconcertando á sus acusadores, que no presentaban todas las pruebas necesarias. Delphidio, abogado célebre, cansado ya de

no poder hacerle confesar el delito, exclamó:

—¿Quién será ya declarado culpable, si basta negar tenazmente el delito?

—Y si basta ser acusado de un delito para ser declarado culpable, ¿quién será ya inocente? contestó el prudente Juliano.

\*\*\*

Decia Séneca, que una de las causas que pueden impedir que tengamos un verdadero buen amigo, es el afan de tener un gran número de ellos.

\*\*\*

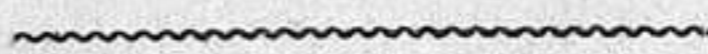
Proculio, caballero romano, habia partido su patrimonio, á la muerte de su padre, en porciones iguales con sus dos hermanos; pero viendo más tarde que éstos habian perdido en la guerra cuanto tenian, volvió á repartir con ellos la parte que le habia correspondido.

\*\*\*

Una señora, notando que un curioso imprudente estaba mirando lo que escribia, que era una carta, escribió lo siguiente: «Muchas cosas más te diria, mi predilecta amiga; pero precisamente ahora me está observando un mal educado, y no quiero satisfacer su necia curiosidad.»

\*\*\*

Uno de los más célebres médicos de París, Blanclin, hacía oposicion á una plaza de profesor en la Escuela de Medicina. Entre sus contrincantes habia un jóven muy aprovechado que igualaba en mérito á Blanclin. Por desgracia, este jóven no tenia medios, ni siquiera para pagar ciertos gastos, sin los que no podia presentarse á tomar parte en la oposicion. Blanclin lo supo, y de una manera misteriosa hizo llegar la suma necesaria á manos de su competidor. Sólo por una casualidad, y despues de la muerte de Blanclin, se supo que de una manera tan magnánima y generosa habia favorecido á un competidor tan temible.



## EN LA NIEBLA.

## I.

La señorita María acababa de levantarse. Ya se habia lavado, peinado y vestido, y, como de costumbre, habia hecho su oracion, dirigiéndose luégo al cuarto de su mamá á quien debia dar los buenos dias. Habia llamado á la puerta, y su mamá le habia contestado:—Entra, hija mia.—María entró, y lo primero que hizo fué dirigirse al balcon á ver la gente que pasaba por la calle. Pero, ¡que si quieres! no vió ni coches ni transeuntes. La niña se restregó bien los ojos, por si acaso no estaba bien despierta todavía; y nada, no veia absolutamente nada en la calle, á pesar de que veia perfectamente los objetos que habia en la habitacion de su mamá.

—Mira, mira, mamá, exclamó, aquí es de dia y en la calle no ha amanecido. Si creerá el sol que todavía es de noche y se estará acostado!.... No, pues no es de noche, sino de dia y muy de dia.

—Pero, niña, dijo la mamá, no ves que es niebla?

—¡Ay, es niebla! repitió la señorita María, que, aunque ya tenía seis años no sabía bien lo que era niebla, y la veia por primera vez.

En esto entró su papá en la habitacion, y tambien fué al balcon, y allí estuvo contemplando la niebla, y por cierto que parecia que le

contrariaba un poco el mal tiempo.

—Es niebla, papá, le dijo María, con el aire de superioridad de una persona que sabe lo que los demas ignoran. Y añadió:—¿Verdad que es muy bonita la niebla, papá?

—¿Qué es lo que estás diciendo, muchacha? le preguntó el papá asombrado.

—Que es muy bonita la niebla. Mira, ya no se ve la calle, ya no se ven las casas; las nubes parece que han bajado al suelo, no se ve nada; eso es muy bonito, papá.

—Entónces, repuso éste, es muy bonito ser ciego. ¿Quisieras tu ser ciega?

—¡Oh! no, contestó la señorita María, que tenía en verdad unos ojos hermosísimos.—Pero la niebla es muy bonita, porque es aire que se ve, y cuando no hay niebla no se ve el aire.

Y no fué posible disuadir á María de la buena opinion que tenía de la niebla. Las niñas de seis años suelen ser muy tercas, lo cual es un defecto gravísimo.

La verdad es que la niebla era aquel dia completa. Nunca se habia visto niebla semejante en Madrid, y no parecia sino que nos hallábamos en Lóndres, donde es la niebla tan frecuente.

Era cosa de perderse en las calles, y más fácilmente en las plazas. Aquella no era niebla sino tiniebla. No se

hubiera podido distinguir un elefante á dos pasos. Personas y animales se encontraban y se tropezaban, y se daban contra las fachadas, contra las esquinas, contra los faroles; en fin, habia sujetos que habian perdido completamente el rumbo y no sabian ya ni por donde ir á sus casas. La señorita María tenía razon, no se veia nada, ni habia calle, ni casas, nada absolutamente. Yo mismo encontré aquel dia en la puerta de mi casa tres perros y un gato á quienes en vano quise preguntar la calle y el número de la casa donde vivian con intencion de ponerlos en camino. Los pobres animales no podian distinguir siquiera su derecha de su izquierda, ni sabian si estaban en su barrio ó en el extremo opuesto. Estaba yo aquel dia en buena disposicion para hacer buenas acciones, habiendo pasado gran parte de la tarde haciendo bien á mi prójimo, y para completar la obra, dí tres pesetas de propina á mi portero, suplicándole que se dignase abrir una cuadravacia á aquellos animales y les dispusiera una sopa que les hacía mucha falta para no helarse.

Pero ahora advierto que empiezo la historia por el fin. Puede que aún tenga yo algo de niebla en el cerebro.

Debo decir, para poner las cosas en su verdadero punto, que el incidente de los cuatro animalitos no fué más que el último capítulo de mis emociones de la noche.

Aquí donde me ven VV., despues de haber abandonado mi bienhechora chimenea para ir á hacer mi diaria

visita á la señorita María, mi ahijada, cuyos padres viven en la Carrera de San Jerónimo, y tambien para ver á otras personas, en otros sitios, me propuse por la noche ir á oír buena música en casa de unos amigos que tienen el mal gusto de vivir hácia el fin de la calle de Segovia.— Como todo el dia ha sido noche, me dije, la noche no será más oscura que ha sido el dia; de suerte que lo mismo es salir de noche que de dia.

Ademas hay que advertir que habia prometido ir á casa de mis amigos, y cuando se promete algo debe cumplirse.

Y aquí es oportuno decir que yo detesto á los amigos que viven léjos de mi casa. No se puede querer entrañablemente á los amigos más que cuando viven en la misma casa, en la misma calle, siquiera en el mismo barrio. Por ejemplo, la señorita María vive en la Carrera de San Jerónimo, que no es léjos de la calle Mayor donde vivo yo; sin embargo, mejor quisiera yo que viviera en mi casa misma, para poder verla á todas horas. Los amigos no deben vivir dispersos en los cuatro extremos de una ciudad tan grande como Madrid, y es dar una prueba de poca amistad, de frio afecto ir á vivir á cien leguas unos de otros en la misma ciudad.

El verdadero deber de un amigo fiel y constante es habitar al lado de la casa del amigo; si el amigo se convierte en vecino tanto mejor; entónces sí que es perfecta la amistad, perfecta y útil.

Pero continuemos la historia de mis aventuras en la niebla.

Para poder llegar sin gran peligro al barrio de las Vistillas, empecé por tomar un coche en la esquina de la calle del Turco. El coche estaba enfrente de una taberna, y el cochero se hallaba delante del mostrador con un vaso de vino en la mano. Se conoce que los cocheros son aficionados al mosto. Le llamé cuando iba precisamente á echarse el vino al colete.

— ¡Eh! cochero!

— Señorito, ahora no puedo cargar, me dijo con no muy buen modo, enojado sin duda de que se le interrumpiera. He advertido que los cocheros rara vez tienen buen humor.

— ¿Cómo que no puede? le dije; se puede todo lo que se quiere.

— Pero, señorito, ya ve V. que no se ve, que no andan coches, que no se puede andar.

— Mejor, si no andan coches, le contesté, no hay peligro de que choque el de V. con otro.

— ¿Es decir que quiere V. que le lleve?....

— Es claro, hombre, y ahora mismo vamos.

— Señorito, añadió, algo más amable, la propina será buena, ¿verdad?

— Tan buena como la carrera.

— ¿Y adónde vamos, señorito?

— Ahí cerca, á las Vistillas.

El cochero dió un respingo, y se echó las manos á la cabeza.

— ¡María Santísima! exclamó, no llegaremos hasta mañana. ¿V. sabe donde están las Vistillas?

— Sí, hombre, sí; vamos, suba usted al pescante y no perdamos tiempo.

— ¡Caramba! en una noche como ésta, que no se ven los dedos de la mano, y yo que estoy malo del pecho, y no se me quita el costipado... Señorito, tendrá que darme buena propina, porque mire V. que para andar ahora por Madrid con el coche.... Yo iba á encerrar ya.... En fin, vamos, pero mire V. que si hubiera V. dado con otro, ni por ocho duros iba ahora á las Vistillas.

— Anda, hombre, anda, y te daré una buena propina.

El cochero subió al pescante y el coche se puso en marcha, dirigiéndose por la calle del Turco á salir á la Carrera de San Jerónimo, pero tan despacio que á la media hora ya estábamos enfrente de la casa donde vive mi ahijada la señorita María.

Allí se detuvo el caballo, pero como la marcha habia sido tan lenta, apenas noté que se habia parado el animal.

El cochero bajó del pescante y abrió la portezuela.

— ¿Qué es lo que pasa, hombre? le pregunté.

— Que está más oscuro que boca de lobo, y que es imposible que siga el caballo. Señorito, la niebla incomoda y aturde á las bestias, por que les entra en las narices y se constipan. El caballo no hace más que estornudar, y estoy temiendo que le dé un mal.

(Se continuará).

P. J. STAHL.

## OTRA NIÑA COMO LUCÍA.

Ahí la teneis, queridos lectores, muy afligida y muy llorosa, cuando es un verdadero diablillo.

Le ha faltado tiempo para estudiar la leccion, y en cambio lo ha tenido para martirizar al perrito y



al gato, que parecen estar intercediendo por ella, porque sin duda conocen que su amita es buena en el fondo, por más que no haga cosa á derechas durante todo el dia. ¿Y sabeis por qué no ha estudiado? Por estar haciendo unos adornos para el perro, utilizando para ello unas cin-

tas de un vestido nuevo, en el que ha metido las tijeras sin compasion alguna.

Bien hace su mamá en reprenderla, y áun estoy temiendo que le dé algun azote cuando vea el destrozo causado en el vestido.







Es el día de la fiesta del pueblo: la niña ha pedido á su madre que la ponga muy maja, y ahí la tienen ustedes, que se figura la inocente que está tan bien ataviada como una reina en su trono.

## NO SE DEBE DUDAR DE DIOS NI DE SÍ MISMO.

### I.

Una tarde de verano tres niños conversaban á algunos pasos de su madre y de su hermana mayor, ocupadas la primera en dar la leccion de dibujo y la segunda en recibirla.

— Marcela, dijo de pronto Mauricio á su hermana, que era una niña de cuatro años, ¿qué es lo que tú quisieras tener ahora?

— Muchas cosas, respondió Marcela; querria tener una muñeca alta hasta aquí, y muchos vestidos para ponerle uno cada dia. Y para mí, que sería la mamá de la muñeca, quisiera tener unos vestidos muy largos y un sombrero muy bonito con una pluma encarnada.

— Y tú, Pablito, ¿qué quisieras tener?

— Yo, un tambor, dos tambores, un caballo, dos caballos, fusiles, sables, y uno de capitan.

— Pues yo, dijo Mauricio, quisiera tener muchos libros de historias y cuentos. Y Julieta, ¿qué quiere tener?

Julieta era la hermana mayor, una niña de trece á catorce años. Miró á su madre amorosamente y contestó:

— Yo quisiera tener á mi mamá querida siempre á mi lado.

— Y yo.

— Y yo.

— Y yo.

Así dijeron todos los niños á un tiempo.

— Tener siempre con nosotros á mamá, continuó Julieta, es nuestra mayor felicidad, y de ella sola podeis esperar, tú, Marcela, esa muñeca; tú, Pablo, los sables y el caballo, y tú, Mauricio, los libros que tanto te gustan.

— Y tú, mamá, ¿qué es lo que más quieres tener?

La madre contestó sonriendo y mirando á sus hijos amorosamente:

— Lo que yo quiero es poder trabajar siempre, porque para mí la mayor felicidad es veros contentos, y para esto es preciso que os pueda proporcionar todo lo que os es necesario ó agradable.

— ¿Y pintando tantas cosas bonitas es como puedes darnos todo lo que necesitamos, mamá? preguntó con una vivacidad impropia de sus pocos años la traviesa Marcela.

— Sí, hija mia, pintando esas cosas bonitas, como tú dices, es como he podido manteneros desde que, por desgracia de todos, murió vuestro padre.

— Entonces no tenías necesidad de trabajar tanto, observó tristemente Julieta.

— No, porque entonces vuestro padre era el que todo nos lo procuraba con su trabajo. El dia que Dios dispuso de su vida, cuando me vi

sin otros recursos que mi voluntad, os miré y pensé que Dios no abandona jamás á sus criaturas, y me propuse firmemente cumplir mis deberes de buena madre, segura de que Dios no sólo no me abandonaría, sino que me ayudaría dándome fuerzas.

— Y te pusiste á dibujar y á pintar.....

— Y pude así juzgar cuántas dificultades se hallan en todas las cosas. Cuando se cultiva el arte por pura afición, siempre se cuenta con la indulgencia de los amigos; pero cuando se trata de trabajar para vivir, entónces es cuando se encuentran las verdaderas dificultades, cuando se prueba la voluntad, cuando hay que luchar para vencer. Sí, queridos hijos míos, continuó dirigiéndose á los tres niños, que la escuchaban con gran atención, es indispensable, aunque se tenga experiencia y habilidad, procurar hacer cada vez mejor, más perfecto el trabajo. Cuando el talento no progresa es que disminuye. No avanzar es retroceder. Las facultades intelectuales necesitan, lo mismo que el cuerpo, ejercicio y movimiento para no debilitarse.

Los niños oían con profunda atención á su madre. Aunque no comprendían muy bien las palabras de la buena señora, su instinto les hacía conocer que tenían gran importancia.

Julietta abrazó á su madre, y le dijo con cierta emoción:

— Todo esto significa, mamá mía, que te has visto obligada á ofrecer

tus trabajos á gente extraña para mantenernos á todos.

— En efecto, hija mía. Cuando tuve que trabajar para que viviéramos, comprendí que no era la artista, sino la madre, la que debía trabajar. Pensar en obtener recursos sólo del arte, hubiera sido una gran presunción y una grave imprudencia. Necesitaba hacer un trabajo inmediatamente productivo para conseguir cierta seguridad de vivir de ese trabajo. Y en verdad os digo que no me costó poco trabajo acertar. Cuando creí que ya mis obras valdrían algo, fuí á llevar la primera, un país de abanico, á un afamado fabricante.

— Y te lo tomó en seguida, ¿no es verdad?

— Me lo devolvió para que lo volviese á hacer. Entónces conocí, hijos míos, que podía serme útil atender los consejos de un comerciante que, aunque no supiese pintar, tenía á lo ménos la práctica y el conocimiento del gusto del público. Pensé en vosotros, y puse la mayor atención á las observaciones que me hacían los fabricantes, aunque no solían estar muy conformes con el arte verdadero.

— Cuando yo sea grande, exclamó resueltamente Mauricio, tú no tendrás que pintar más que por gusto.

— Como cuando vivía papá.

— Y yo, preguntó Julieta tímidamente, ¿no podría ya ayudarte en tu trabajo ó hacerlo sola?

La madre lloraba de placer oyendo á sus hijos, y en aquel momento

bendecia las horas de amargura que habia pasado.

— Todo lo aceptaré de vosotros, hijos míos. A tí, querida Julieta, aún te falta aprender durante algunos años, á pesar de toda tu buena disposicion y tu constante aplicacion. Miéntas, Mauricio será grande, como él dice, y Pablito y Marcela estudiarán con la mayor aficion. Tranquilizaos, miéntas llega ese tiempo venturoso; el trabajo no me fatiga de ninguna manera, y la felicidad de que este trabajo mio es útil para vosotros, me da más fuerzas de las que necesito.

## II.

La excelente madre de familia, que contaba poder subvenir largo tiempo á la necesidad de sus amados hijos, se hallaba, quince meses despues, atacada de una enfermedad mortal.

Valerosa enfrente de la muerte, como lo habia sido para luchar con las dificultades de la vida, pensó que sus últimos momentos no debian emplearse en vanas lamentaciones. Ante todo era preciso pensar en asegurar, en lo posible, la suerte de sus huérfanos. Julieta tenía quince años y Mauricio diez; Ana y Pablo eran todavía dos niños que no podian pasarse sin los cuidados maternos.

Para esta madre, que iba á morir, la situacion era abrumadora... ¿Qué suerte le espera al nido privado de padre y madre si los pajarillos más pequeñitos no tienen alas todavía, y

los mayorcitos no tienen fuerzas ni experiencia bastante para poder reemplazar á la madre y al padre?

Reflexionó, y como siempre habia dicho, dijo otra vez: « Dios no abandona nunca á sus criaturas. »

Y en seguida llamó á Julieta:

— Hija mia, le dijo con inefable sonrisa, como para hacer á la niña más dulce la terrible verdad; muchas veces te he dicho que en bastantes casos es preciso saber tener energía... Este momento ha llegado para tí. A los quince años vas á verte en la necesidad de convertirte en madre de familia, y en la obligacion de reemplazarme en todo, absolutamente en todo: Dios me llama á su lado....

— ¡ Madre! exclamó Julieta sollozando; no, no es posible que tú mueras.

— Sí, hija mia, sí es posible, y debemos tú y yo saber sufrir dignamente nuestra suerte, confiando siempre en la bondad de Dios y de la Santísima Vírgen, que no te abandonarán, si eres buena... He reunido mis últimas fuerzas para hablarte; para escucharme reúne tú todo tu valor, toda tu voluntad, y óyeme con calma. Piensa que se trata de la vida, del porvenir de tus hermanitos huérfanos, y que si me oyes ahora turbada, afligida, podrán ser vanas las recomendaciones que debo hacerte, y mañana, acaso, no sabrás cuidar y proteger como debes á esos queridos seres tan débiles que necesitan todo tu amor y no tienen más amparo que tú.

— ¡Madre! repitió Julieta, que hizo un supremo esfuerzo para dominar su dolor, ya te oigo, ya no llo-ro. Habla, madre mia.

— Ya no dudo de tí, dijo la moribunda visiblemente satisfecha. Las economías que, Dios sabe á costa de cuánto trabajo he podido hacer, no representan para vosotros más que recursos para dos años, y como único consejo en este mundo, no os queda más que la anciana ama de gobierno que siempre estuvo conmigo desde la época de mi casamiento. Pero si esta honrada mujer no podrá guiarte en toda circunstancia, sabrá á lo ménos prestar á tu juventud y á la infancia de tus hermanitos una solicitud y una vigilancia verdaderamente infatigable. Ya ves que Dios es bueno, porque, al morir vuestra madre, no os deja sin apoyo y sin pan. En cuanto á las cosas graves del porvenir, confío completamente en tí. A pesar de la insuficiencia de una instrucción todavía incompleta, te es preciso pensar en renovar prontamente, ántes de dos años, esos primeros recursos que te dejo. Para eso es para lo que necesitas fe y voluntad firmísimas, á fin de que puedas duplicar, triplicar tus fuerzas. No dudes jamas de la Providencia ni de tí misma; á falta de las lecciones de un maestro, toma las lecciones de la naturaleza. Mira y observa todo lo que te rodea. Aplícate á buscar la verdad, pide á Dios y á la Vírgen valor y constancia, y tú conseguirás ser una buena madre de tus hermanitos.

— ¡Madre! exclamó Julieta con angustia, ¿y si no tengo ese valor?

— Tú hallarás la fuerza en tí misma como yo la he encontrado. Esa fuerza se halla en el corazón, y no la dan solamente la edad y la experiencia. Tranquilízate, porque tienes delante dos años, en los cuales tienes asegurada la vida material, y la pobre Marta cuidará de tus hermanitos. En ese tiempo estudia, trabaja sin distraerte en otra cosa, pensando siempre que luégo has de tener que utilizar el fruto de tu trabajo. Dios te ayudará como ayudó á tu madre.

La enferma conoció que no tenía ya fuerzas más que para abrazar y bendecir á sus hijos, y los llamó á todos, y los colmó de besos y caricias tiernísimas.

— Sé tú su madre, dijo á Julieta, trabaja, y si alguna vez te sientes fatigada, acuérdate de que mi alma está contigo, y tendrás valor y recobrarás la energía.

— Madre, madre, exclamó la niña, cayendo de rodillas; yo te prometo ser todo lo que tú quieres que sea; y tú prométenos que desde el cielo nunca nos olvidarás, y que siempre pedirás por nosotros á Dios y á la Vírgen Santísima.

— ¡Siempre, siempre! murmuró la excelente madre, y se durmió en el Señor, volando su alma buena al cielo.

(*Se concluirá.*)

ISABEL DORÉ.

## HISTORIA DE LA ASTRONOMÍA.

(Conclusion.)

Newton, ilustre sabio inglés, nació en 1642, y se colocó en primera fila entre los matemáticos, los físicos y los astrónomos. Su madre le consagraba á explotar sus propiedades; pero viendo que era poco á propósito para semejante mision, le dejó seguir sus inclinaciones al estudio, verificando ántes de los veintitres años sus principales descubrimientos matemáticos: el del binomio que lleva su nombre, y el del cálculo infinitesimal. En 1665 se retiró á Woolstrop, y allí, viendo caer una manzana, concibió con un hecho tan poco importante la primer idea de la gravitacion universal y del sistema del mundo. Parece que en 1692 su razon se perturbó, sea á consecuencia de un incendio que destruyó parte de sus papeles, sea por efecto de una gran contencion de espíritu: desde entónces no produjo nuevos trabajos, limitándose á publicar los anteriores. Sus últimos años fueron amargados por una viva discusion que tuvo con Leibnitz acerca del cálculo infinitesimal, resolviéndose que ambos habian hecho el mismo descubrimiento, si bien Newton con prioridad. Éste murió en 1727, á la edad de ochenta y cinco años. Hé aquí la base de su sistema: así como todos los cuerpos pesados tienden al centro de la tierra, así los cuerpos que com-

ponen el universo, tienen, por la fuerza de la atraccion, una tendencia general hácia el Sol, que es su centro comun. Pero como al obedecer únicamente á la fuerza de la atraccion, los planetas llegarían hasta el sol y se precipitarían en él, Newton reconoce las potencias motoras, que desde un principio les fueron dadas por el Creador: la primera es la fuerza centrípeta que atrae ó lleva á los planetas hácia el sol, y la segunda la fuerza centrífuga que los aleja. Ambas fuerzas se contrarestan. Así la Tierra, en vez de ser llevada léjos del Sol por la fuerza centrífuga, se encuentra, por la accion de ambas, retenida en su órbita, y obligada á describir en derredor suyo una elipse. Newton no se ha limitado á los principales planetas: ha calculado los movimientos de los satélites y el camino que debían recorrer los cometas, con una precision que han demostrado completamente las observaciones sucesivas.

El flujo y el reflujo, la precision de los equinoccios, la mutacion ó movimiento del eje de la Tierra, la diferencia del tiempo verdadero y del tiempo medio, no son otra cosa que el efecto de la gravitacion ó atraccion y el de la fuerza centrífuga.

J. RAMBOSSON.

## LA PAZ.

Nos parece conveniente que los lectores de Los Niños conozcan las siguientes bellas poesías escritas con motivo del fausto y glorioso suceso de la *Paz*.

### AL QUE REGRESA, AL QUE PARTE.

Señor Rey, cuando tornabas  
Del destierro en que lloraste  
Por los males de la patria  
Más que por los propios males,  
Y aún no veías las torres  
Del alcázar de tus padres,  
Llorando de gozo el pobre  
Cantor de trovas vulgares  
Gritó: « ¡ Gloria al rey Alfonso  
Que la santa paz nos trae! »  
Y al oírlo envió el pueblo  
Su bendición á encontrarte,  
Porque debe ser bendito,  
Como los reyes más grandes,  
El rey que mansos Abeles  
De airados Caines hace,  
Como magnánima y sábia  
Los hizo tu dulce madre.  
Hoy, señor Rey, cuando torno  
A mis montañas natales,  
Donde lágrimas de júbilo  
Corren en lugar de sangre,  
Y hácia el Septentrion mi alma  
Vuela con ánsia inefable  
De hallar en el bosquecillo  
De cerezos y nogales  
La casa y el huerto donde  
Mis dulces recuerdos yacen,  
Y acaso no há muchos dias  
Estático contemplaste  
Desde las férreas montañas  
Que ciñen mi hermoso valle,  
Soñando dichas serenas  
Que en mí fueron realidades,  
Y siempre para los reyes  
Son sueños irrealizables.  
Hoy te encuentro en mi camino  
Regocijado y triunfante,  
Más que porque allí venciste  
Porque allí la paz dejaste,  
Y es muy justo que dirija,  
Cuando por tu lado pase,

Un adios santo y sencillo  
Al que regresa el que parte,  
Que por sencillo que sea  
Será leal homenaje.  
Señor Rey, quizás el pobre  
Cantor de trovas vulgares  
Por última vez bendiga  
Y por última vez cante;  
Pero estos presentimientos  
Que su espíritu combaten  
No obstan hoy para que el alma  
En este cántico exhale:  
« ¡ Gloria al augusto mancebo  
De corazon noble y grande,  
Que ayer nos trajo esperanzas  
Y santa paz hoy nos trae! »

ANTONIO DE TRUEBA.

### Á ALFONSO XII EL PACIFICADOR.

Coplas sin aliño ni arte  
Como las que canta el vulgo,  
Alfonso, voy á cantarte  
En són de Mingo Revulgo;  
Que quiero tomar mi parte  
De tus placeres y glorias  
Soberanos,  
Que así pintan las historias  
A los vates castellanos.  
Cuando el buen rey vencedor  
Lo llevaban á su córte  
Los cabos de más valor,  
Los soldados de más porte,  
Siempre algun fiel trovador  
Entre el pueblo y clerecía  
Ha cantado:  
—« Bien haya el que Dios envia  
Con la oliva coronado. »  
Ya en los montes no retumba  
Trueno que todo lo arrasa,  
Que abre y que llena una tumba

Por donde quiera que pasa.  
 Ya por los aires no zumba  
 El apellido de guerra  
     Temeroso,  
 Que trocaba nuestra tierra  
 En cementerio horroroso.  
     De los hogares anhelo,  
 De los campos lozanía,  
 De los ancianos consuelo,  
 De las madres alegría,  
 Hija bendita del cielo  
 La paz que nos has traído,  
     Niño amado,  
 Es cual bálsamo vertido  
 En cuerpo todo llagado.  
     ¡Dulce paz, que en gozo baña  
 Nuestros pobres corazones,  
 Y une las lenguas de España  
 En coros de bendiciones!  
 ¡Cuánta sangre que restaña!  
 ¡Cuántos ayes y lamentos  
     Ya cesaron!  
 ¡Cuántos hoy rien contentos  
 Que ayer tristes suspiraron!  
     Mas no es sólo por Dios vivo  
 Alegría en las mujeres,  
 En las campiñas cultivo,  
 Cánticos en los talleres;  
 No es la paz el rostro esquivo  
 Al Jano cubrir sañudo  
     Con crespones...  
 No, no es paz el cañon mudo  
 Ni la bandera en jirones.  
     Pronto el hierro descolgado  
 Torna al brazo que hoy fallece,  
 Cuando el pueblo degradado  
 En virtudes no florece.  
 Ese, Alfonso, es el legado  
 De las guerras intestinas,  
     No lo dudes;  
 Una corona de espinas  
 Y una nacion sin virtudes.  
     Desde que España no sueña  
 Aquellos sueños de gloria,  
 Ni del mundo se cree dueña  
 Y su esclava la victoria,  
 Como alud que se despeña  
 Deshaciéndose en pedazos  
     Por sí mismo,  
 De la muerte entre los brazos

Va rodando hácia el abismo.

Cuanto en torno siente y mira  
 Es borron de su grandeza;  
 La atmósfera que respira  
 Bañada está de tristeza.  
 Ambiciones, odios, ira,  
 Áspides son á sus plantas  
     Escondidos...

¡Cuántas guerras, cuántas, cuántas,  
 Le preparan los partidos!

En este lidiar cruento,  
 En esta batalla impía,  
 Pierde España un sentimiento,  
 Una ilusion cada dia;  
 Su fe se apaga y su aliento.  
 Empresas no le demandes

    Generosas,  
 Que no hay sin fe pueblos grandes  
 Que sueñen con grandes cosas.

    Sólo un alma pura, apénas  
 De manos de Dios salida,  
 Puede infundir en sus venas  
 Nueva sangre, nueva vida.  
 Sé, Alfonso, tú. Sus cadenas  
 Rompe. Ya la paz le has dado;  
     Mas no es todo.

Dale espíritu elevado,  
 Que la levante del lodo.

    Tu paz sea santa calma  
 Y no tregua transitoria.  
 Dale de tu vírgen alma  
 El noble amor á la gloria.  
 Que sueñe otra vez la palma  
 Ganar entre las naciones

    Más viriles,  
 Por sus heroicas acciones,  
 No por sus guerras civiles.  
     Cubre á todos como el cielo  
 Con tu cariñoso manto.  
 Sé de la virtud consuelo,  
 Y de la maldad espanto,  
 Aguila de raudo vuelo,  
 Que sólo en las cumbres mora  
     Que el sol baña.

Tráenos, Alfonso, la aurora  
 De nuevo sol para España.

V. BARRANTES.

Madrid, 18 de Marzo de 1876.

